

mentales y en el mantenimiento de los medios para una continua expansión. Hace notar también la relación que este proceso tendrá con los cambios políticos y las ventajas que pueden derivar a su vez de determinadas transformaciones en el terreno social y en el político.

En resumen, la obra de Castillo ilumina acerca del peculiar caso centroamericano y enseña sobre posibles paralelos a escala del conjunto latinoamericano. Está encuadrada en un realismo muy necesario en esta época en que se tiende, desprevénidamente, a ofrecer *soluciones* demasiado fáciles.

VÍCTOR L. URQUIDI,
de El Colegio de México

LOUIS M. TEITELBAUM, *Woodrow Wilson and the Mexican Revolution, 1913-1916*, Nueva York, Exposition Press Inc. 1967. 232, viii pp.

Teitelbaum no es un especialista de las relaciones internacionales ni un historiador. Es sólo un abogado postulante de Alexandria, Virginia, a quien tal vez una evocación romántica de aventuras, o quizá algún oscuro impulso afectivo movieron a indagar en la espesa selva de la Revolución Mexicana, en el período que va desde la muerte de Madero hasta la provocación de Villa en Columbus. Empero, le ha resultado una obra que, además de agradable, contiene una serie considerable de revelaciones insólitas, de útiles informaciones, de indicios que merecen investigarse y de análisis desapasionados e incisivos.

Casi podría decirse que el libro entero viene a ser un pretexto para exaltar a un enigmático personaje, el indescifrable William Teitelbaum, tío del autor, y que el drama de esos años de revolución, galanamente narrado, es sólo el escenario imprescindible para tan extraño protagonista. En el ensayo no llega a dilucidarse, por cierto, cómo y de dónde surgió tan misteriosa figura, ni cuál era realmente su encomienda. No puede definirse su participación, pero se descubre que debió haber tenido no escasa privanza, ya que varios episodios así lo exhiben. Bien sea la facilidad para hacerse oír de los jefes revolucionarios, demostrada varias veces, bien su decisiva influencia con Bryan para conseguir que el usurpador liberara a los Aguilar, parientes de Madero, presos en San Juan de Ulúa, en octubre de 1913, ya en el definitivo patrocinio de Ángeles cerca del Presidente Wilson, en julio de 1915, o bien obteniendo singular entrevista

entre éste y el distinguido artillero mexicano en trashumante limusina, en octubre de ese mismo año.

Verdad es que la querencia familiar debe exagerar un tanto la implicación de este personaje en los asuntos mexicanos, pero, aún así, todo ello insinúa que existen indicios y pistas aún no rastreados, a través de los cuales podrían penetrarse algunos arcanos de las relaciones diplomáticas de la Revolución. Sugiere esto que aún hay una buena y significativa parte de la historia revolucionaria que puede permanecer encubierta si los investigadores no se aplican a ella, y que es la que se desarrolló al través de los agentes confidenciales o especiales de cada facción y del gobierno norteamericano. La lista de estos emisarios es impresionante: en el libro de Teitelbaum se mencionan muchos, pero se dejan entrever aún más.

El relato sobre los episodios de este período de nuestra lucha armada es vivaz, ameno, fluido. El juicio sobre los caudillos y otros actores es considerado, imparcial, sensato, ingenuo en ocasiones, aunque a veces las fuentes le hagan concluir razonamientos no probables.

Así, la información que Carranza ya planeaba alzarse desde tiempos de Madero, para lo cual había formado un núcleo combatiente desde entonces, debe verse como un desahogo de Aureliano Urrutia y no como un hecho comprobado. Tampoco es verosímil que los constitucionalistas hubiesen contemplado siquiera, en 1913, la ayuda de fuerzas norteamericanas; la rígida actitud de Carranza cuando la Punitiva, prueba cuál era la tónica al respecto. No parece creíble asimismo que Obregón planeara hacerse Presidente en 1914, ni que sus conversaciones clandestinas con el general Scott en Laredo, si las hubo, fueran para el propósito de asegurarse el reconocimiento de la Casa Blanca. De la misma manera, no se considera admisible que Villa fuese mangoneado por Hugh L. Scott, como se desprende en varias páginas. En fin, fuera de unas cuantas inexactitudes a este respecto, en el libro campea la imparcialidad y la buena fe.

Wilson emerge de esta obra como un cruzado impaciente, pero indeciso; como un misionero intolerante, pero inefectivo y errático. Es notable, apunta el autor, su falta de habilidad para rodearse de colaboradores aptos y leales. El retrato intelectual y psicológico que presenta Teitelbaum explica mucho de lo sucedido: un hombre verborreico y, sin embargo, capaz de encender a millones de hombres con alguna idea o frase ocasionalmente brillante. Afortunado, favorecido por las oportunidades, pero engréido, deshonesto, arrogante y de escasa cultura.

En suma: una contradicción viviente. El mismo confesó, en 1915, que "lo que sabía de México lo había aprendido escuchando a un regular número de embusteros" y eso pinta sus alcances sobre nuestro país.

Teitelbaum implica que Woodrow Wilson es tal vez culpable de mucha efusión de sangre mexicana, por su falta de comprensión y entendimiento. Que también resulta responsable del mal espíritu que invadió por décadas las relaciones mexicano-norteamericanas, pero suaviza su juicio filosofando que si Wilson lo hizo mal, otros, probablemente, lo hubieran hecho peor, y le abona que de algún modo logró evitar una guerra entre las dos naciones.

Destaca en esta obra el papel de los representantes oficiosos del gobierno de los Estados Unidos y el de los agentes consulares. La nómina de los primeros es extensa, como también el catálogo de sus picardías y torpezas. Ahí desfilan con sus luces propias Canova, Carothers, Fuller, Hale, Lind, Silliman, del Valle, Tupper y otros de menor cuantía. Cuando no ineficientes o intrigantes, prevaricadores y abiertos al soborno. Mucho contribuyeron a una falsa fisonomía de las circunstancias y de los caudillos y a difundir una imagen distorsionada y maligna del país, que mucho perjuicio le causaron por años. Teitelbaum ha hecho el servicio de exhibirlos con todos sus colores, y de narrar no poco de su bellaquería.

Asombra la enorme información aportada por los cónsules norteamericanos. De ella se extraen muchos más datos que las parvas fuentes mexicanas podrían aducir. Compruébase ahí el extremo que el oficio de cónsul fue en una época simplemente el de escucha. No cabe duda que en este punto estuvieron bien servidos los intereses del poderoso vecino.

Una parte interesante de la obra está constituida por el examen de hechos poco difundidos o tal vez ignorados que salpimentan la narración, lo mismo se trate de Ángeles, como candidato de transacción, la evasión de Eduardo Iturbide, la falsa representación del régimen zapatista por Ramos Martínez, las circunstancias de la muerte de Pascual Orozco, o el transporte de tropas carrancistas por ferrocarriles norteamericanos. Otras revelaciones son la defección del teniente coronel Lázaro Cárdenas, y de cómo tropas yanquis participaron en suelo mexicano, en 1919, para impedir un ataque de Villa y Ángeles a Ciudad Juárez. Por supuesto que se mencionan muchas otras.

Las fuentes que maneja Teitelbaum son principalmente los documentos de Wilson en la Biblioteca del Congreso y los Archivos del Departamento de Estado. De éstos, los informes de los

cónsules y de los agentes especiales han sido los que le han proporcionado el mayor acervo de datos. Una fuente auxiliar utilizada son los archivos del Departamento de Guerra y los papeles del general Hugh L. Scott. Los documentos de Bryan no parecen resultar informativos. Todo ello, como es lógico, le da un punto de vista unilateral, sólo compensado por consulta de las fuentes mexicanas. Quéjase el autor, empero, que no se le permitió indagar en los expedientes de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Quiere ello decir que grandes zonas de la reseña de la política exterior del período revolucionario están en penumbra y que aún queda mucho por hacer.

Débase precaver contra un regular número de descuidos ortográficos en palabras castellanas y nombres propios, sobre todo en los primeros quince capítulos. También, con respecto a ciertos datos de familia del señor Madero, tal como que Emilio era tío del Presidente, y que Raúl resultaba en 1915 el último hermano viviente del apóstol. Por último la obra carece de índice capitular, que la haría más manejable.

Pese a esto, la honestidad con que está redactado el libro, la ardua investigación para encontrar hechos inéditos, el desprendimiento y comprensión hacia nuestra gesta, lo ponen en la colección de buenos testimonios de esa época escritos por historiadores norteamericanos, muy informativos y objetivos, como los de Quirk, Cumberland, Dulles y Clenenden.

CÉSAR SEPÚLVEDA

VÍCTOR L. URQUIDI, *Teoría, realidad y posibilidad de la ALALC en la integración económica latinoamericana*, El Colegio de México, 1966. 60 pp. (Jornadas 61).

El contenido de esta publicación lo forman dos conferencias que el autor sustentó en Caracas, en mayo del año pasado, cuando en Venezuela se discutía el ingreso de ese país a la ALALC. El conocimiento profundo de la materia por Urquidi, quien anteriormente publicó un importante libro sobre el desarrollo y los esfuerzos de la integración latinoamericana, hace que la publicación de estas dos conferencias en la serie "Jornadas" sea a la vez útil e interesante.

La primera conferencia trata de los "Fundamentos teóricos de la integración económica y del libre comercio regional" y desde el principio se expone una observación que parece encontrarse en el fondo de toda la conferencia: la falta de inte-